



ACTO QUINTO

CUADRO VIII

EL PRISIONERO DE LA ISLA DEL DIABLO

La prisión de David, en la Isla del Diablo, en segundo término

ESCENA PRIMERA

DAVID escribiendo sobre un pequeño velador

DAV. «Hablarte de mí; de las pequeñeces que me rodean... ¿Para qué? A veces lo hago a mi pesar porque el corazón tiene cóleras irresistibles. La amargura sube del corazón a los labios cuando se ve menospreciado y escarnecido todo aquello que ennoblece la vida. Te estrecho, esposa mía, fuertemente contra mi pecho, repitiéndote con invencible energía y hasta la muerte: ¡Valor y buen deseo! Tuyo, *Alfredo*.» (Cerrando la carta.) Ahora el sobre. (Escribe el sobre y después se levanta.) Ya está. ¡Mi esposa! ¡Mi hijo! Mi alma se conmueve en las profundidades de mi sér... Una ola de ternura invade mi corazón... ¡Oh, Elvira!... ¡Oh, dulce esposa de mi vida, de quien me

separan los nombres con su maldad y el Océano con sus olas... No, no quieras conocer toda la intensidad de mis angustias; toda la negrura de este espantoso martirio y de esta horrible pesadilla... ¡Muros que me rodeáis, sed vosotros únicamente, testigos de este dolor!... ¡Sufro mucho, alma de mi alma! ¿Quién nos dijera, esposa mía, que estábamos amenazados de tanta desventura, cuando, unidos nuestros pechos en amoroso abrazo, lanzábamos la imaginación a un espacio lleno de ensueños de felicidad?... ¿Quién nos dijera que aquellas tiernas manecitas que se agarraban tan diligentemente a mi cuello, se habían de convertir en picadas de víbora y mordeduras de serpiente?... ¿Qué se hicieron, esposa mía, aquellos sueños de honor y prosperidad que tenían por cuna nuestro lecho de amor y se dispersaban como enjambre de mariposas a los primeros resplandores de la mañana? ¡Ay de mí! ¿Qué vuelco tan espantoso han dado aquellos sueños de amor y de ventura! ¡Para cárcel, un negro sepulcro en una isla desierta, sobre un montón de rocas, abortado por el mar! Y aquí dentro como una eterna pesadilla, clavado el recuerdo de aquella mañana espantosa, de aquel acto de mi degradación... ¡Aún siento la vergüenza que sube en oleadas de fuego a mi rostro. Viéndome estoy en medio del cuadro. El general a caballo y junto a mí el sargento de la Guardia republicana... ¡Esto es horrible! ¡Espantoso!...

ESCENA II

Dicho y OFICIAL DE GUARDIA por la izquierda

OFIC. ¡Prisionero David!...
 DAV. ¿Quién llama?
 OFIC. Soy yo; el oficial de guardia.

DAV. ¿Qué ocurre?
 OFIC. Se ha recibido una carta para usted.
 DAV. ¡Ah!... Venga.
 OFIC. ¡Buena suerte!
 DAV. Gracias.

(Vase el oficial.)

ESCENA III

DAVID

DAV. No es la letra de mi esposa. ¿De quién será? *(Rompe el sobre y saca la carta.)* ¿Quién se acuerda de este infeliz prisionero? Veamos la firma. «La dama misteriosa.» ¿Qué es esto? Leamos: «Capitán Alfredo David, esperanza y fortaleza. París es un horno caldeado por la pública opinión. Su causa va ganando terreno. Emilio Zola será condenado por el formidable artículo que publicó en favor de usted. Así lo exige el interés del Ejército; mas la idea de la revisión del proceso, gravita, como una pesadilla, sobre la conciencia de todos los franceses honrados y libres. Yo le prometo, capitán David, que la revisión será acordada en breve, y que pronto saldrá de esa obscura cárcel para volver al seno de la patria francesa y al hogar donde le aguardan la dicha y la felicidad.» ¡Gran Dios! ¿Será esto cierto? Me laten las sienas. ¡Hurra! ¡Hurra! Capaz soy de volverme loco,

ESCENA IV

Dicho y OFICAL DE GUARDIA

OFIC. ¿Qué le pasa a usted?
 DAV. ¡Caballero oficial! ¡Caballero oficial! Pronto sabrá el mundo entero que se ha castigado a un inocente.

OFIC. Esa es su eterna manía.
 DAV. La manía de la verdad y la justicia. Francia se agita en mi favor y en breve será acordado por el Tribunal Supremo la revisión de mi proceso. Así me lo anuncian en esta carta. ¿Permitís que os dé un abrazo, caballero oficial?

OFIC. Venga... *(Abriéndole los brazos.)*
 DAV. *(Abrazando fuertemente al oficial.)* ¡Viva Francia!

OFIC. ¡Viva!

CUADRO IX

ZOLA CONDENADO

Telón corto de calle. Dentro derecha gran algazara y truenos. Zola; vivas al Ejército y a la Francia. Poco a poco va disminuyendo la intensidad de la algazara como promovida por el muchedumbre que se aleja.

ESCENA PRIMERA

Aparecen por la izquierda EMILIO ZOLA, MASSENET y GENARO, mirados, descompuestos.

ZOLA. ¡Peor que caníbales! Reposemos aquí un momento.

MASSE. Ya se alejan para atronar otro espacio con sus infernales aullidos.

GEN. ¡Qué inicuo atropello!

ZOLA. *(A Massenet.)* ¿Cómo ha salido usted de sus garras?

MASSE. Sólo con lesiones en la ropa.

ZOLA. *(A Genaro.)* ¿Y usted?

GEN. Me han hecho pedazos el gabán.

ZOLA. ¡Siento evrgüenza por lo que de nuestra patria se dirá en el mundo civilizado!

MASSE. Esos no son ni pueden ser ciudadanos franceses.

ZOLA. No; que son instrumentos ciegos de la reacción... Amigos míos, ¿hay nada que cause mayor decepción en el espíritu que esa degradación del pueblo?

GEN. Es hija de su ignorancia.

MASSE. Y de su miseria.

ZOLA. Urge a toda costa educarle, difundir la luz en su conciencia entenebrecida; mas para esto menester es sacarle de las garras del jesuitismo.

MASSE. ¿Y cómo?
 ZOLA. Aplastando la cabeza de la serpiente.
 GEN. Si muchos hijos del pueblo comprendieran bien sus verdaderos intereses, saldrían de las tabernas y llenarían las escuelas.
 ZOLA. Hablemos de nosotros. Ya lo ven ustedes. El Tribunal me ha condenado.
 MASSE. De nada le han servido mis esfuerzos como abogado defensor.
 ZOLA. Al contrario; me han servido de mucho. Su brillante oración, quedará en la historia de este triste litigio, como una gloria del foro...
 MASSE. No pensé que fuese tan riguroso el Tribunal... ¡Un año de cárcel y tres mil francos de multa!... ¡Eso es mucho!...
 GEN. Y absuelto el comandante Walter Lacy... ¿Cabe nada más monstruoso?
 ZOLA. Lo que más me aflige es la condena recaída contra el gerente del periódico. ¡Cuatro meses de cárcel y la propia multa! ¡Pobre Laffayet! ¡Pobre amigo mío!
 GEN. Los grandes conflictos son la piedra de toque de los grandes caracteres. ¿Han visto ustedes qué entereza la del coronel Bertrand?
 ZOLA. El coronel ha estado magnífico.
 MASSE. Ha levantado un firme pedestal al honor del Ejército.
 GEN. Mirad, aquí viene.

ESCENA II

Dichos y Coronel BERTRAND, de uniforme, por la izquierda

BERT. Les he visto de lejos y he apretado el paso para alcanzarles...
 ZOLA. ¡Mi enhorabuena, coronel!

MASSE. ¡Bravo!
 GEN. ¡Soberbio!
 BERT. He cumplido con mi deber. Creo que el Estado Mayor se ha equivocado por exceso de celo; pero su buena fe, no disculpa la tenacidad con que ahora pretende ocultar su error, por un honor de Cuerpo mal entendido.
 ZOLA. Sobre todo cuando el error recae en perjuicio de un inocente.
 BERT. Y cuando este inocente es un compañero de armas.
 ZOLA. Apelaremos en recurso de alzada contra la sentencia. No creo que hayan perdido el sentido moral todos los Tribunales de Francia.
 MASSE. En mala situación ha quedado usted, mi coronel.
 BERT. En muy mala, respecto de mis compañeros; pero en muy buena respecto de mi conciencia. Así habla un hombre de honor. Así debieran hablar todos los militares franceses.
 BERT. Me voy temeroso de que me llenen de elogios. Debo además regresar cuanto antes al Ministerio. Démonos un buen apretón.
 ZOLA. (Dándole un fuerte apretón de manos.) Por la justicia, coronel.
 MASSE. (Idem.) Por la verdad.
 GEN. (Idem.) Por el honor del Ejército.
 BERT. Adiós, señores. (Vase por la derecha.)

ESCENA III

ZOLA, MASSENET y GENARO

GEN. Yo tengo que retroceder. Debo enterar a la esposa de mi pobre hermano de todo lo ocurrido.

ZOLA. Aliente su corazón. ¡Que no desmaye por este fracaso!

GEN. Así lo haré.

ZOLA. Venga a verme mañana.

GEN. Hasta mañana. (*Se despide de Massenet, y va por la izquierda.*)

ESCENA IV

ZOLA y MASSENET

MASSE.
ZOLA.

¿Y nosotros?
A empezar de nuevo. Mañana aparecerá en *La Aurora* un nuevo artículo firmado por mí. Ya tengo tema. Francia, en una segunda posición universal, quiere santificar la vida del trabajo y de la ciencia, ennobleciendo el combate, por la Libertad, por la Verdad y la Justicia, y no ha de querer que vengan los extranjeros para ver la Verdad escarnecida y la Justicia abofeteada. No lo dude usted; el asunto David, ese drama gigante que solicita la atención de todo el mundo, palpitando cada vez con más fuerza en la conciencia nacional, será el comienzo feliz de una Francia regeneradora y libre. Vamos, amigo Massenet, vamos. (*Va por la izquierda.*)

ESCENA V

BLANCA FLORISEL por la izquierda

BLA. ¡Zola condenado y absuelto Walter Lacy! Ha vuelto a triunfar la maldad de los hombres; mas no te regocijes en tu celda, monstruoso espíritu... Esta nueva iniquidad hará rebosar el cáliz de la amargura hasta que la hiel envenene tu regocijo... Así el sentimiento universal estallará más pronto. La lucha no ha terminado. Ahora empieza más enérgica y poderosa que nunca. ¡No entones todavía el «Hosanna» del triunfo, miserable jesuíta, que no ha muerto Blanca Florisel arrojada por tus esbirros a las aguas del Sena!... Tú eres una sombra; yo soy un espectro... A tí te protege el diablo... A mí me ampara Dios... Siga... siga la tragedia..

CUADRO X

EL SUICIDIO DEL CORONEL GASTON

Sala en las oficinas del Estado Mayor

ESCENA PRIMERA

Aparecen en escena ROBINAT y Coronel GASTON

ROB. Tengo suma impaciencia por conocer el fallo del Tribunal.

GAS. Ya está aquí Walter Lacy.

ESCENA II

Dichos y el Comandante WALTER LACY por el foro

WAL. ¡La enhorabuena, señores!
 ROB. ¿Absuelto?
 WAL. Absuelto.
 GAS. No podía suceder otra cosa. Le felicito. *(Todas las circunstancias estrechan la mano de Walter.)*
 WAL. Gracias, señores.
 ROB. Ese difamador del Ejército, ¿cómo ha salido?
 WAL. El Tribunal le ha condenado a un año de cárcel y tres mil francos de multa.
 GAS. Excesiva indulgencia la del Tribunal.
 ROB. Algo es algo, mi coronel.
 WAL. Apelaré, de seguro, contra la sentencia; pero es indudable que será condenado definitivamente a la pena que se le ha impuesto.
 ROB. Los jueces tendrán en cuenta la perfecta razón que nos asiste para llevar a la barra a ese engreído personaje, autor de las obras más obscenas y pornográficas que han visto en Francia la luz pública.
 WAL. Buena prueba de ello es esa novela *Naná*, cuya lectura es capaz de ruborizar a un caracero.
 GAS. Ningún escritor decente pone su firma en

portada de novelas tan escandalosas. ¿Se atrevería usted, comandante Robinat, a escribir una *Naná*, por ejemplo?
 ROB. De ningún modo, mi coronel.
 GAS. ¿Y usted, Walter Lacy?
 WAL. Menos todavía.
 ROB. La condena que ha sufrido ese escritor inmoral viene a remachar el clavo, demostrándose la sinrazón de cuantos propalan la inculpabilidad del capitán David.
 WAL. El resultado del juicio es una consecuencia lógica de los hechos consumados. Porque, vamos a ver: condenándome a mí el Tribunal, ¿no hacía recaer un *sambenito* sobre el Consejo de guerra que condenó al otro?
 GAS. Eso es.
 ROB. Naturalmente.
 WAL. Una de las dos: o tenía que absolverme o de lo contrario se veía obligado a declarar la inocencia del capitán y la nulidad de los jueces que le condenaron.
 GAS. Y el Tribunal no ha tenido más remedio que optar por lo primero. Eso está más claro que la luz.
 ROB. O meterse en un callejón sin salida.
 GAS. Por mi honor de soldado que no acierto a comprender cómo nadie ha podido dudar de una verdad tan sencilla.
 WAL. El hermano de David creyó poner una pica en Flandes denunciándome como autor del documento anónimo. ¿Y por qué motivo? Por una simple semejanza entre aquella letra y la mía.
 GAS. Como si eso bastase para mandar a presidio a un militar pundonoroso.
 ROB. No hay que darle vueltas. La culpabilidad del capitán David no puede ponerse en tela de juicio.
 WAL. Si así fuese, ¿qué se diría del Estado Mayor?
 GAS. Que no sabemos dónde tenemos la mano derecha, ni damos pie con bola.
 WAL. ¿Y de tí?
 ROB. ¡Horrores! Diríase que, en efecto, había sido

GAS. juguete del ocultismo y del magnetismo como se ha permitido decir ese canalla.
 Ya le dije a usted, comandante Robinat, que sus experimentos de hipnotismo acabarían por ocasionarle algún disgusto muy gordo.
 ROB. Es que Zola confunde el hipnotismo con la nigromancia, mi coronel.
 GAS. Ello es que le ha salido la criada respondona, como yo le dije.
 WAL. ¿Y del general Fouquet?
 GAS. Buen chaparrón hubiera caído sobre su cabeza. Bien está el prisionero donde está, y no hay que buscarle tres pies al gato.

ESCENA III

Dichos y el General FOUQUET, de uniforme, por el foro

FOU. Mis queridos subordinados...
 GAS. Mi general. (*Estrechándole la mano.*)
 ROB. Mi general. (*Idem.*)
 FOU. ¡Hola, Walter!... La emoción me impide citarle en forma más elocuente.
 WAL. Gracias, mi general.
 FOU. ¡Hemos triunfado!
 WAL. En toda la línea.
 FOU. Usted absuelto y Zola condenado... ¡Hermosa victoria! ¡Hermosa victoria!
 GAS. El topo ha sido redondo.
 FOU. Creo que voy a reventar de alegría.
 ROB. Bien dicho, mi general. Me asocio a esas frases sublimes.
 FOU. A usted se debe, comandante Robinat, en

mayor parte, el exitazo obtenido. Ha revuelto usted media humanidad...
 ROB. Gracias, mi general, muchas gracias.
 FOU. Ya era hora de que ese cerdo... y conste que así le llama todo el mundo, tuviera un rudo escarmiento... ¿Y qué pretende? Nada menos que la revisión del proceso David...
 GAS. De eso precisamente estábamos hablando.
 FOU. ¿Hay algo más absurdo, señores?
 GAS. ¡Imposible!
 ROB. ¡Imposible!
 WAL. (*Aparte.*) (Están más obcecados de lo que yo me figuraba.)
 ROB. ¡Lástima, mi general, que en ese concierto de voluntades se haya dado una nota tan discordante!
 FOU. La del coronel Bertrand... No me lo recuerde usted.
 GAS. ¡Qué empeño el suyo en hacer la causa de nuestros enemigos!
 FOU. Se ha divorciado de sus compañeros de armas.
 GAS. Antes que tomar semejante actitud, debió haber hecho pedazos su uniforme.
 ROB. Creo lo mismo.

ESCENA IV

Dichos y el Coronel BERTRAND por el foro

BERT. El coronel Bertrand se ratifica en todas las palabras que ha pronunciado ante el Consejo de guerra.
 FOU. ¿Qué es eso, coronel? ¿Trata usted de imponer-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 1922. 1625 MONTERREY, MEXICO

nos su criterio? ¿Olvida que no todos aquí son sus inferiores?

BERT. Uso del derecho de defensa, mi general. Aquí se estaba poniendo en tela de juicio la razón que me asiste para haber afirmado, en pleno Tribunal, que el capitán David ha sido condenado, injustamente, a la horrible pena que se halla sufriendo.

FOU. ¿Quiere usted protestar contra la cosa juzgada faltando a lo que sabiamente preceptúan nuestras Ordenanzas?

BERT. Pretendo defenderme como caballero, contra las frases insidiosas que aquí se han pronunciado y que no han tenido el inmediato correctivo que debiera haberles impuesto mi superior jerárquico.

FOU. ¿Estaba usted escuchando?

BERT. Me hallaba en la sala inmediata. No fué menester escuchar porque se hablaba aquí tan recio, que todos han podido enterarse de la conversación. Por lo demás, en la Sala del Consejo, como en cualquiera de las del Ministerio, puesta la mano izquierda en el corazón y la diestra en la empuñadura de la espada, sostengo contra todos, que el capitán David es inocente. Repito que el verdadero autor del memorándum, hallado en los sacos procedentes de la Embajada de Alemania, es el comandante Walter Lacy. *(Gran pausa de sensación.)* Entre caballeros no hay jerarquías. El que se considere ofendido y quiera probar el temple de mi acero, sepa que me encuentro dispuesto a sostener mis palabras en todos los terrenos. *(Pausa.)* ¡Señores! Este es un *casus belli*... Vayanse a esperar órdenes a la sala inmediata. Quiero quedar solo con el coronel. De paso manden aviso al oficial de guardia del Ministerio para que se ponga al alcance de mi voz.

(Vanse todos por la izquierda menos Bertrand y Fouquet.)

ESCENA V

FOUQUET y Coronel BERTRAND

FOU. Coronel Bertrand: ¿Sabe usted cómo castiga el Código Militar la arrogancia que se ha permitido tener en mi presencia?

BERT. Sí, mi general. Mas lo dicho, dicho está: y me hallo dispuesto, no sólo a mantener mis frases, pero también a afrontar toda la responsabilidad que haya contraído; mas conste que apelé al honor de los caballeros prescindiendo de los galones.

FOU. ¿Nada significa para usted el prestigio del brillante Cuerpo a que pertenece?

BERT. La justicia ante todo.

FOU. ¿Y la honra de Francia, tampoco le importa?

BERT. La Verdad es anterior y superior a la Francia. La Verdad y la Justicia, mi general, no son patrimonio exclusivo de ninguna nación ni de ningún Instituto armado, por brillantes que sean sus hechos de armas. Quien honra a la Justicia honra a su patria. Quien hace honor a la Verdad, hace honor al Cuerpo a que pertenece.

FOU. ¿Y el espíritu de clase?

- BERT. Eso es lo que pierde al Ejército. El militar pundonoroso no necesita para la defensa de su honor más bandera que aquella que pone en sus manos la patria.
- FOU. Filosofías de republicano.
- BERT. Filosofías de hombre de bien, mi general.
- FOU. Pero, en suma: ¿qué pruebas tiene usted para hacer afirmaciones tan olímpicas?
- BERT. Mucho más positivas y ciertas que las que tuvo el primer Consejo para condenar a un inocente.
- FOU. Veo que también olvida que ese capitán David profesa la religión judaica.
- BERT. Judío o cristiano, mi general, podía, conforme a la constitución de nuestro Ejército, ostentarlo con toda dignidad y perfecto derecho, las insignias de su grado. Yo voy más allá que el capitán; yo no profeso ninguna religión positiva y puedo enorgullecerme de pertenecer al Ejército francés.
- FOU. Está bien; pero conste que el capitán David es culpable.
- BERT. Es inocente.
- FOU. Es culpable.
- BERT. Es inocente.
- FOU. Concluyamos. El único medio que tiene usted para librarse de ser arrestado por desacato a mi autoridad, es éste: probarme la certeza de sus afirmaciones.
- BERT. Mi general...
- FOU. ¿No acaba de afirmar que tiene pruebas positivas? Vengan esas pruebas.
- BERT. Acepto, mi general.
- FOU. ¿Puede usted probarme la inocencia del capitán David?
- BERT. Vamos a verlo. *(Se acerca a la puerta izquierda y dice en voz muy alta.)* De orden del general que pase el coronel Gastón. Los demás que esperen. Con su permiso doy estas órdenes.
- FOU. Veamos.

ESCENA VI

Dichos y el Coronel GASTON por la izquierda

- GAS. A la orden.
- BERT. Coronel Gastón. Por mandato del general voy a someterle a un breve interrogatorio.
- FOU. Conteste usted categóricamente a las preguntas que le dirija su interlocutor.
- GAS. Está bien, mi general.
- BERT. En las filas del Ejército tiene usted fama de militar franco y rudo. ¿Promete no faltar a la verdad por su honor de soldado?
- GAS. Pero...
- BERT. ¿Por qué vacila?
- GAS. Lo prometo por mi honor de soldado.
- BERT. Usted se hallaba a mis órdenes como jefe del Negociado de Informes. En la causa que se instruyó contra el capitán David, figuran dos documentos que sirvieron de base para el fallo del Consejo. ¿Cuándo y de qué manera reconstituyó usted el primer documento? ¿Cuándo y de qué manera reconstituyó usted el segundo?
- GAS. Recibí el primer documento en el mes de junio y el otro la víspera de Todos Santos. Ambos documentos se reconstituyeron en la forma acostumbrada, pegando por orden los pedazos de papel encontrados.
- BERT. ¿Cómo, pues, explica usted el hecho de que el primer documento contenga pedazos pertenecientes al segundo, y recíprocamente?

GAS. (*Algo turbado.*) No. No me lo explico.
 BERT. ¿Cree usted en la posibilidad de que le haya sido sustraídos?
 GAS. Lo niego en absoluto.
 BERT. Entonces...
 GAS. (*Desconcertado.*) No puedo adivinar... No puedo adivinar cómo ha ocurrido eso.
 FOU. Seré nese usted, coronel. Medite bien lo que dice.
 BERT. ¿Afirma usted que no cambió ninguno de los pedazos?...
 GAS. En el primer documento había algunas palabras ininteligibles. Añadí algunas letras, pero...
 FOU. ¡Por el cielo! ¿Sabe lo que dice?
 BERT. No le interrumpa, mi general. Prosiga usted.
 GAS. Lo hice para tranquilizar a mis jefes y al servicio de mi patria.
 BERT. No es eso lo que tratamos de saber. ¿Lo que usted añadió estaba copiado de los documentos?
 GAS. No... Sí...
 BERT. ¿En qué quedamos?
 GAS. Añadí algunas palabras...
 BERT. ¿Qué palabras?
 GAS. No se referían al asunto.
 FOU. ¿Que no se referían al asunto?
 BERT. Más calma, mi general.
 GAS. Me hallaba tan seguro de la traición del capitán David, que creí prestar un buen servicio a mis superiores, sustituyendo...
 BERT. En resumidas cuentas... Recibió usted un sobre con una carta insignificante y, en su lugar, puso otra de su invención que comprometió al capitán. ¿No es eso? (*Pausa.*) No falta la verdad. Lo ha prometido por su honor de soldado.
 GAS. Puesto que no queda otro remedio, lo confieso así fué.
 BERT. ¿Se convence usted, mi general?
 FOU. (*Con voz de trueno.*) ¡Desventurado!
 GAS. Mi general. Antes que faltar a mi promesa...
 FOU. Se ha deshonrado usted y nos ha deshonrado a todos. Es usted un miserable.
 GAS. Creí que servía a la patria.

FOU. Voy a mandar que le arresten y que se le forme proceso.
 GAS. (*¡Me he perdido! ¡Antes la muerte que la deshonra!*) (*Rápidamente, sin que nadie pueda evitarlo, saca un revólver y se lo dispara sobre sus sienes.*)
 BERT. ¡Se ha matado!

ESCENA VII

Aparecen precipitadamente por la izquierda ROBINAT, WALTER LACY y otros varios militares, entre ellos el OFICIAL de guardia.

WAL. ¿Quién ha disparado?
 ROB. ¿Qué ha sucedido?
 WAL. ¡Horror!
 ROB. ¡Horror! (*Cuadro de muda sensación.*)
 BERT. ¡Señores! El coronel Gastón se ha levantado la tapa de los sesos después de haber declarado, en presencia del general y la mfa, que falsificó por su propia mano el segundo documento que aparece en el proceso del capitán David.
 FOU. Pero...
 BERT. Mi general.. Ese cadáver todavía está caliente. Atrévase a negarlo en su presencia.
 FOU. Bien; no lo niego; así ha sucedido. Ahora, coronel Bertrand, entregue su espada al oficial de guardia que se halla presente.
 BERT. Obedezco. (*Desenvainando la espada y entregándosela al oficial de guardia por la empuñadura.*)
 FOU. Tómela usted, caballero oficial.
 FOU. Condúzcale arrestado al cuerpo de guardia hasta nueva orden.